

*Batalla del lago Trasimeno ganada por Anibal. - Discriminación de los prisioneros.*

Luego que hubo Aníbal levantado el campo (año -218) de los alrededores de Fiésole, avanzando un poco más allá del campamento romano, atacó el país próximo. Al punto Flaminio, irritado y fuera de sí, juzgó este paso del cartaginés por un desprecio a su persona. Pero cuando vio después la tala de la comarca y el humo que por todas partes indicaba la asolación de la campiña, se lamentó amargamente, teniendo ésta por la más cruel afrenta. Así fue que, aconsejándole algunos que de ningún modo convenía dirigirse arrebataadamente al enemigo, ni venir con él a las manos, sino mantenerse a la defensiva, respetar el número de su caballería y sobre todo aguardar al otro cónsul para dar la batalla con todas las legiones juntas, no sólo no hizo caso de sus avisos, sino ni sufrir pudo a los que tal le aconsejaban. «Ahora bien, les dijo: recapacitad en vuestro interior qué dirán en nuestra patria al ver talados los campos casi hasta la misma Roma y nosotros acampados en Etruria a espaldas del enemigo.» Por último, dicho esto, levantó el campo y marchó con el ejército sin ninguna previa noticia de las circunstancias ni del terreno; sólo sí con el ardiente deseo de venir a las manos, como si tuviese segura la victoria. Era tal la confianza que había inspirado en la multitud, que eran más los que iban a causa del ejército por la codicia del botín, cargados de cadenas, grillos y otros tales aparatos, que los mismos armados. Entre tanto Aníbal avanzaba siempre hacia Roma por Etruria, teniendo la ciudad de Crotona y montes a ella próximos a la izquierda, y el lago Trasimeno a la derecha. Mientras se iba internando, incendiaba y talaba los campos, para provocar más la cólera del cónsul. Pero luego que advirtió que ya estaba cerca Flaminio, reconoció los puestos oportunos para su intento y se dispuso para una batalla.

Existía sobre el tránsito un llano valle, cuyos dos lados a lo largo se hallaban coronados de unos cerros encumbrados y continuos. En su anchura tenía al frente una montaña escarpada y de difícil acceso, y a la espalda un lago, entre el cual y el arranque de los collados quedaba una entrada muy estrecha que conducía al valle. Aníbal, pues, habiendo penetrado en este lugar por el desfiladero contiguo al lago, tomó la montaña del frente, y apostó en ella los africanos y españoles. Colocó los baleares y lanceros de la vanguardia en torno a los cerros que caían a la derecha, dándoles la mayor extensión que pudo. Igualmente situó la caballería y los galos alrededor de los de la izquierda; pero con tal extensión que los últimos tocasen con la entrada que a mitad del lago y el pie de las montañas conducía al valle.

Dadas estas disposiciones durante la noche, y apostadas varias emboscadas alrededor del valle, se estaba quieto. Flaminio marchaba detrás, con el anhelo de alcanzar al enemigo. El día anterior, por haber llegado tarde, acampó en las márgenes del lago; pero al amanecer del día siguiente condujo por el lago su vanguardia al próximo valle, con el fin de provocar al enemigo.

Había aquel día una niebla muy espesa. Lo mismo fue conocer Aníbal que la mayor parte del ejército había penetrado en el valle y tocaba ya con él la vanguardia enemiga, dio señal de atacar y envió orden a los que estaban emboscados para acometer a un tiempo a los romanos por todos lados. Flaminio se sorprendió de un lance tan imprevisto. Los jefes y tribunos romanos, rodeados de una densa niebla que les impedía la vista, y atacados e invadidos desde lo alto por diferentes sitios, no sólo se encontraban imposibilitados de acudir a donde era preciso, pero ni aun entender lo que ocurría. Efectivamente, ya les acometían por el frente, ya por la espalda, ya por los flancos, de que provenía que los más eran pasados a cuchillo en la misma forma que iban marchando, sin darles lugar a ponerse en defensa, vendidos, digámoslo así, por la impericia de su jefe. Se hallaban aún deliberando lo que habían de hacer, cuando de improviso descargaba sobre ellos el golpe de la muerte. Entonces Flaminio, abatido y desesperanzado de todo remedio, perdió la vida a manos de ciertos galos que le atacaron. Perecieron en el valle casi quince mil romanos, sin poder obrar ni evitar el lance. Ésta es una ley inviolable en su disciplina, no huir ni desamparar las líneas. Los que a la entrada del desfiladero fueron interceptados entre el lago y el pie de las montañas tuvieron una muerte vergonzosa, o por mejor decir, lastimosa. Impelidos dentro del lago unos, turbado el sentido se echaron a nadar, y con el peso de las armas se ahogaron; y los más se metieron hasta donde pudieron, dejando sólo la cabeza fuera del agua. Mas luego que sobrevino la caballería, viendo inevitable su ruina, levantaban las manos, pedían la vida y cometían todo género de humillaciones; pero al fin, o fueron degollados por los enemigos, o animándose mutuamente se dieron una muerte voluntaria. Sólo seis mil hombres de los que entraron en el valle vencieron a los que tenían al frente; y aunque muy capaces de contribuir en gran parte a la victoria, ni pudieron dar socorro a los suyos, ni rodear a los contrarios, por no ver lo que se hacían. Con el afán de ir adelante, marchaban creyendo encontrar siempre cartagineses, hasta que sin saber cómo se hallaron en las cumbres. Situados en lo más alto, y disipada ya la niebla, advirtieron el estrago ocurrido, e imposibilitados de hacer algún esfuerzo, por estar ya el enemigo apoderado de toda la campaña, se retiraron unidos a cierto lugar de Etruria. Después de la acción se destacó allá al capitán Maharbal con los españoles y lanceros, sitió el lugar por todos lados y los redujo a tal escasez que, depuestas las armas, se rindieron bajo la sola condición de que les salvaran las vidas. Así pasó en general la batalla que se dio en Etruria entre romanos y cartagineses.

Aníbal, traídos a su presencia los prisioneros, tanto los que Maharbal había hecho como los otros, los reúne todos en número de más de quince mil y ante todo les dice: que Maharbal no tenía facultades para asegurarles la vida sin haberle consultado. De aquí tomó motivo para reprender a los romanos; y hecho esto, distribuyó entre los batallones, para que los custodiasen, a cuantos habían sido capturados. A los aliados los dejó ir todos a sus casas sin rescate, advirtiéndoles lo

mismo que anteriormente había manifestado, que él no había venido a hacer la guerra a los italianos, sino a los romanos, por recobrar a ellos la libertad. Más tarde dio descanso a sus tropas e hizo los funerales de treinta de los más principales de su ejército que habían muerto. La pérdida total ascendía a mil quinientos hombres, la mayor parte galos. Hecho esto, seguro ya de la victoria, deliberaba con su hermano y demás confidentes por dónde y cómo adelantaría sus conquistas.